

EL VICOMAGISTER

Paseo matinal por la Mérida de Trajano (98-117)

Carta de JUVENAL (60-140) a PLINIO el joven (62-114)



UGUSTA Emérita, a II de los idus (el 15 o 17) de Octubre *anno CX* (110).—Querido amigo Gaius PLINIUS Caecilius Secundus: Salve.

Estas *foricae* son deliciosas. Ahí en Roma, la mejor, la que frecuentamos en la esquina del Forum con el foro Iulium, sin duda que es magnífica y con su calefacción. Por el clima, las de aquí carecen de *hipocausto* (fuego bajo el piso), pero como Mérida se fundó no hace ni siglo y medio y en mitad del campo, todo lo han hecho a lo grande y con elegancia. Es un verdadero placer venir cada día a este servicio municipal.

Figúrate que el rectángulo cubierto que conocemos se redondea y multiplica por dos hasta ofrecer XL (40) asientos en círculo. Si en la de ahí vemos a mucha gente, aquí, al doble. Y como Roma es diez veces mayor que éstos XV *milia* (150.000) habitantes, al mes conoces a media ciudad.

La armonía de materiales y colores es maravillosa. Pórfido gris para el suelo, columnas y cornisas. Mármol rosa de la Contestania (Murcia) en los paredes y asientos. Recio y pulido castaño *vascún* para la obra maestra del abovedado de tracería, cuyos segmentos centrales se abren al aire, y el resto se cubre con *lapis specularis* (placas de mica). Espléndida iluminación que permite recrearnos en las escenas mitológicas de los mosaicos del muro circular y vernos sentados todos los usuarios.

El brazo entre cada asiento, en su totalidad son los más bellos del *Orbis romanus*. No es la rutina de los delfines que se repiten ahí. Aquí

cada uno representa a un animal, un monstruo, un cristiano, etcétera. Y tras cada orificio, un nicho en el muro alberga a uno de nuestros dioses. Siempre me siento al pie de Fortuna; homenaje por el que esta señora sigue sin favorecerme.

La gracia de esta *forica* se debe a que el agua abunda, el clima es un tanto cálido y las flores se dan muy bien y en gran variedad. Al pie de cada dios hay un tiesto de geranios, y en el centro de la rotonda una fuente de borde bajo rodeada de flores envía sus chorritos periféricos sobre los senos de Thetis (diosa de las aguas) que se baña en el centro.

Cierta gente sólo entra y sale, pero siempre hay otra cantidad, quizá mayor, que la goza quedándose. Cierta que en mi *cenacula* (cuarto alquilado) en el sobrado de una *insula* (casa de vecinos) de III (3) pisos no tengo problema. Bajo mi *lasana* (orinal) a verterlo en el *dolium* (cuba) al pie de la escalera general, vuelco mi *sella portusa* (silla agujereada) por la ventana a la calle cuando nadie me ve, y fuera, la solución gratuita es la garita que a sus puertas instalan los marchantes de abono autorizados por el Ayuntamiento. En todo caso, tampoco aquí se duda en pagar un *as* (perra gorda) a los *conductores foricarum* (administradores de las letrinas municipales) con tal de sentarse en este mármol rosa y charlar, comentar luchas y carreras, calcular las *spensiones* (apuestas), recordar una cena, preparar un menú, invitar a comer, hablar de la política imperial o local, despotricar contra Trajano, calumniar al Alcalde, etc.

Mil temas que se inician antes de la hora I (prima) (4:30 en Ver. y 7,30 en Inv.), con interlocutores que el trajín renueva, que a veces duran hasta el cierre al ocaso, que se interrumpen con toda condescendencia para que un vate declame su poesía o un actor teatral o un abogado defensor repitan sus mejores actuaciones, y para lo que guarda el respetuoso silencio que solo puntúan los mismos sonos naturales que cuando tú y yo cenamos con el Emperador para halagar su legítima vanidad de anfitrión.

Sin ánimo de envanecerte, querido Plinio, en cuanto se supo aquí que tú me concedías tu amistad, accedí con mucho gusto a recitarles tu famoso *Panegyricus Traiano dictus* que le hiciste cuando te elevó a la dignidad de Cónsul. Y en esta deliciosa *forica* ha sido donde he conocido a mi actual amigo emeritense, el caballero Voconio *vicomagister* (alcalde de barrio) de los «vicus» más importantes de Mérida.

Este conocimiento lo facilitó el que Fortuna fuera vecina de la hornacina con Mercurio, a cuyos pies, también tiene él la costumbre de

sentarse. Su figura y su aire son como los tuyos y míos, corrientes, difíciles de dibujar, salvo que de piernas es algo estevado. Quizás no lo tuvieron bastantes años en el rígido envoltorio de refajos y bandajes que hace a los hombres derechos.

Envuelto en su toga con el ribete púrpura bordado en oro, descendiendo de la *lectica* (litera) de IV (4) *servi* (esclavos) que solo utiliza como instrumento de trabajo por la ciudad, entra, se remanga la toga con gran nobleza, la túnica, se quita el *licium* (pañal), se sienta del otro lado de mi antebrazo, y reflexiona un rato prieta y concentradamente. Se le acercan después su *librarius* (secretario), uno o dos *notarius* (escribiente) y algún *amanuensis* (copista). Escucha, lee, corrige, habla brevemente, dicta con lucidez y lógica, firma, y al retirarse todo este personal, se une a la conversación, si es de cosas serias e importantes.

Al estilo lusitano, pegamos la hebra desde el primer día. Cuando supo que yo decidí alejarme de Roma solo hacia un año, se interesó mucho por las noticias frescas. Y como después percibí que era el clásico burgués egoísta y reservón, lo que hice fue llevarle la corriente. De lo que resultó estimarme, recibirme en su *domus* (mansión privada), contarme entre su *clientela* (amigos afectos al *dominus* señor) lo cual me fuerza a levantarme tempranísimo e ir muy atildado a su casa antes de la hora.

El conocimiento de un templo más, de muchos, grandes y hermosos: de espléndidos edificios estatales y municipales, funcionales y limpios; de varios acueductos con sus *castellae*, teatro, circo, anfiteatro, etc., etc. carece de interés para nosotros. Yo no hago este viaje hasta esta punta del mundo para visitar ni para describirte a ti lo que ya es hartamente conocido en Roma, famoso en el «Orbis romanus» o que ahí nos abruma cada día con su universal grandiosidad. Tan noble, empero, los menores volúmenes de Mérida nos son más accesibles; es más humana. Sin llegar por ello a lo recortado y raquítico.

Los foros y mercados son amplios, y los cruces de calles, en chaflanes, despejados. La *Urbs* ordenó el *orbis* que una *via* (calle de doble circulación; avenida) no se estreche *interfauces* (de fachada a fachada) menos de los XVI pies (4,80 metros). En Mérida, estos pies son para el excelente *sternanda viae* (adoquinado); los *margines* (aceras) enlosadas se llevan casi otro tanto. Incluso los *actus* transversales (calles para un solo vehículo) son muy holgadas. Las inmobiliarias y contratistas, parece que no han tenido tiempo de abusar. En este siglo y medio, aún no se sabe que ninguno de ellos haya hecho lo frecuente y sospechoso

en Roma de comprar hoy a la baja el solar de una casa de vecinos que se achicharraron ayer.

Las *insulae Feliculae* (Roma-9) con sus XV (15) pisos que rascan el cielo, ofenden a los dioses y pasman al mundo, no es concebible aquí. La tajante prohibición trajana de no repasar los LX (60) pies (18 metros) ha sido innecesaria. Este Municipio sostenía ya que Mérida es para sus habitantes y, por ende, a su medida y en su servicio, y no en el de los agiotistas. Sólo en algún período histórico más o menos dictatorial es cuando la falta de crítica ha permitido las transgresiones. Varias *itineras* (calles solo para peatones) fueron reducidas a *semitae* (callejuela) o a *angiportus* (pasadizos), pero sin el extremismo de aminorar sus límites prescritos de los IX (9) pies (unos 2,90 metros). Lo cual, según la misma ley, permite los *maenianae* (balcones) y las *pergulae* (pérgolas). En consecuencia y merced a esta abundancia de agua y de flores, por estas *semitae* a veces en dulce *clivi* (declive) se marcha entre dos paramentos verdes y perfumados. Pasear por ellas me recuerda a tu tío, el Viejo Plinio, el más grande naturalista de todos los tiempos. Si él le llamaba «jardines en miniatura» a los IV yerbajos reseco de los balcones romanos... El Vesubio fue cruel impidiéndole conocer Mérida.

«¡Ah!. ¿Cuándo podré vivir en un lugar donde no haya incendios, donde las noches sean sin alarmas?» – exclamaba yo en una de mis sátiras romanas menos caricaturales. Pues bien, amigo Plinio, en Mérida. Una ciudad bien hecha, unos *municipes* elegidos por su inteligencia cultivada; por lo tanto, un Municipio bien organizado y honestamente administrado, más el agua en abundancia, y trepo por las escalera de mano a mi buhardilla sin la menor aprensión. Claro que no olvido la ley y la preocupación de tener llena de agua mi *dolium* (tinaja), por si acaso.

Firme, pues, este Ayuntamiento en servir a los emeritenses, las ordenanzas imperiales sobre la circulación diurna de vehículos y mercancías se estiran aquí hasta su exigencia máxima. En Roma, no importa que transportista ha de esperar a la noche extramuros para entrar en la «Urbs». Como Mérida está bien hecha y es sana, sólo se autorizan los entierros. Desgraciadamente, los emeritenses, una vez difuntos, tampoco huelen a ámbar. Todo el resto va a pie, sobre animales domésticos, en literas que portan otros pies o en ligeros vehículos del que tira un par de ellos. El caballero Voconio me informa del inflexible criterio de esta Municipalidad: — «Una urbe es para todas personas que habitan su urbanismo, sean pobres o sean ricos. marchen a pies desnudo por los «margines» o merced a los XVI (16) pies de VIII (8) esclavos

por la calzada. Totalidad ciudadana que no cabe someterla a una minoría mayor o menor, local o extranjera, que posea vehículos de transporte superior a la humana y doméstica».

La gran dama, en su *lectica* con ventanillas de *lapis specularis* que va de visitas llevada por VI (6) esclavos de la Numidia o «Gallaecia», sólo se cruza con la otra que en su *sella* (silla de manos) con *velarii* (visillos) va de tiendas por II (2) o por IV (4) jayanes vascunes o de la Mauritania. Por un *actus* atraviesa la niña pitonga en un alevé *chimarixium* (calesa) que va hacia su partida de *follis* (beisbol) en las canchas termales y del que hala atalajado y aun trato vacilón un huesudo *servus* anglo pura sangre de Britannia o un soez de Scotia que grita—paso, paso, paso—para su ama e insulta a los que le preceden: modestos *humiliores* (plebe, pueblo romano) que en sus mulas o borricos son llevados de la brida por su *servus*, un pequeñajo túrdulo (Sierra Morena) o un negrucio bástulo (Serranía de Ronda), que a a su vez adelantan a otros *mulus* y rucios con ligeras mercancías locales. Y por *semitae* y *angustus*, se cruza holgadamente con todo el mundo el divertido *humilior* vejete que sobre los hombros de su único esclavo, rubio germánico saxón, burgundo o *gutton* (godo) le espolea las ijadas y su inteligencia limitada.

Que yo sepa, en ninguna parte se van los muertos a pie. Aquí, tampoco. Les procede la habitual cohorte de flautistas y cornamusas, con el aditamento local de unos atabales que rodoblan a lo sordo, como si un Vesubio vecino amenazara vengarse de Mérida con otra catástrofe del LXXIX (79) porque el muerto no se quede en la Tierra unos años más, olvidando que pasaporte hacia los antros de Plutón lo antes posible también es en la Lusitania una infalible especialidad medical. Reminiscente ruido militar, debido, sin duda al origen fundacional de la urbe. Al muerto, en su *capulum* (caja), lo llevan en unas *angarillas* los VI (6) u VIII (8) *vespillones* de la empresa de pompas fúnebres. Familiares, amigos y esclavos visten los consabidos y fúnebres ropones blancos, color muchísimo más triste aquí porque el agua de Mérida lava más blanco. Les sigue una infernal retahila de *praeficae* (plañideras, lloronas profesionales) que pierden la campanilla gritando los méritos del fallecido, que se arañan entre ellas o cada una por su cuenta de puro dolor o que gimotean con sordina, según la tarifa. Y como las actas municipales expuestas en la *noticia* (tablón municipal de anuncios) y el *breviarium* (resumen estadístico) dan una cifra de *L milia* (50.000) personas que viven del erario, cierran el cortejo todos los viejos *humiliores*, *ingenuus* (esclavo recién liberado) y mendigos que te puedes imaginar en espera de la propinilla de un *as*.

Recordarás que en el año LXXX o así, el emperador Domiciano ordenó despejar las calles romanas de tantísimo tenderete y puesto de chicha y nabo. Se le hizo poco caso, esa es la verdad; pero no lo es menos que aquí no se le hizo ninguno. Me añade el caballero Voconio las razones municipales; «Este pequeño comercio callejero no es un asunto de estética imperial que a este Ayuntamiento le guste o le disguste, sino el único y el mejor motor para la activación comercial emeritense y, en consecuencia, para el progreso y bienestar de los emeritenses. Además de ser un aprendizaje perfecto, es tan ineludible como legítimo punto de partida para que el ciudadano más pobre ejerza su libertad de comenzar a vender flores silvestres hasta tener una *taberna*» (local comercial) de «mete y saca» (Import Export) con su flota de poderosas carretas boyales o de pesados navíos a remo que boyan los mares trayendo ámbar *suevicum* (sueco, báltico), fieras húmedas (de Argelia Oriental), etc. para toda Hispania y exportando de aquí el *suber* (corcho) para las ánforas de *oleum* bético, los vinos de Ceres Tarraco y Jumilla y los zapateros de todo el *Orbis romanus*, e incluso el inapreciable postre de nuestras bellotas dulces para la mesa del Emperador:

En Londinium, Lutetia (París) y Vindobond (Viena), y en Tingis, Carthago (Túnez) y Babylon, por el frío o el calor, estos mercadillos o zocos son semanales. Aquí, por lo temperado del clima, diarios. Y como ello incita a esta gente a callejear, es increíble la impresión que esto da de caos bien organizado. Ordenado barullo urbano para cuya descripción me incapacita mi condición de literato satírico, de aliento corto, manco e inepto incluso frente a un simple paisaje de árboles y nubes. Me temo, querido Plinio, que el intento que haré en tu servicio sea una catástrofe por lo incompleto, confuso o anodino.

Con esta manía de pleitear que invade al «*Orbis romanus*», entre la multitud de gente que sube y baja las escalinatas de los pretorios (tribunales), los grupos de «*laudiceni*» (la claque) de cada abogado, mientras éste no perora, juegan a las damas sobre los escalones. Por cada calle, en las aceras o el portal de un *domus*, los *magister* y sus niños se desgañan con la tabla de multiplicar. En cuclillas, de rodillas o sentado a la oriental, un acitronero vende sus pilas de cidras, un madejero exhibe en sus sacas ovillos de lino y de lana. Un salero de Gades o Carthago-Nova acumula sus brillantes conos en redores al borde de los *crepidenes* (aceras). El ferrovejero compra toda la chatarra que le ofrecen para unos hornos muy altos a la orilla del *Mare Cantabricum*. Y un persa o egipcio echa su ético *flatus* (soplo) en la siringa a cuyo son saca

su gaita y se eleva oscilatoria una cobra desdentada y anémica que espanta a los espectadores.

De pie, entre sus panzudos pellejos, el *vinarius* local (pitarrero) vende como de su propia cosecha el vino suyo y los que le traen de Marsala, Malaca y Portus Cale (Oporto). Ante un pelotón de compradores y curiosos, el rematador adjudica con su marfil la concha de carey que acaba de subastar. Uno de los armentarios celtas que acampan con sus rebaños en el alfoz, obstruye la calzada con unos cabritos que ignoran aún el sabor de la hierba. Los sibaritas de aquí se los quitan de las manos por cuatro perras o un par de bolindres de arcilla veteada. Otro indígena, *vaccaeus* (zona de Salamanca) o carpetano (manchego) atrailla unos galgos espléndidos y famélicos, y un *baliaricus* de Pytiusae (Ibiza) es rodeado por los admiradores de sus podencos. Contra el muro, un ungüentario sostiene sobre su estómago una batea con frascos de potingues para mil usos y resultados infalibles. El esquilador, con su *forfex* (tijeras sin povete), al pie de un bordillo, pone de *durse* al lulú o el caniche que sostiene el *servus* de alguna viuda inconsolable. Y más allá, el esquiliche, hace capilares filigranas geométricas sobre la grupa, ébano o caoba, de una mula de alquiler.

Tras su tenderete, el camelotero ofrece sus piezas de tejido impermeable de lana y camello. Tras su banquetta, el repujador picotea en cuero o metal, el fuellero sopla comprobando una fuga, el pichelero estaña una jarra de *cerevisia* (cerveza) y el remendón le repara un *crepida* (suela con orejeras y cordones atados a lo bajo del tobillo) al cliente apresurado. El *tonsor* (barbero), que aún no es rico,—pero lo será pronto—al pie de su taburete, moja de agua fresca una barba, rapa con su *novacula* (navaja de bronce), arranca, frota con piedra pómez, y las víctimas lloran igual que en la Roma Imperial. Y cerca, un piro-mántico, ante un jovenzuelo sin *lanugo* (barba) alumbra una candelita por cuya llama y chisporroteo le descubre con toda certeza un brillante porvenir.

Andando, cruzándose, yendo y viniendo, el madroñero cántabro lleva en ristras sobre los hombros sus toscos *calcei*; el soguero de Munda (Ronda) cuelga en los ramales de sus pértigas rollos de cuerda de todo grosor. El carbonero monta en cola una recua de borriquillos abrumados y cansinos bajo las cargas originales de los encinares circundantes. El fematero felón nos mancha la toga con lo reciéu extraído de una cuadra o establo, y el avasallador tonelero rueda y nos amenaza con el estruendo de sus recipientes y despreocupación.

Lanza sus chocarrerías el *morio* (bufón); sus payasadas de agosto, el *fatuus* (payaso). La chiquillería se arremolina, ríe y les deja por todo

un «as». Un dacio (húngaro) fronterizo a nuestras Legiones en el Danubio surge en Mérida esta mañana, le toca el pandero (de «pandere» (extender) a un gigantesco «ursus» (oso) que para danzar lentamente detrás de una mona vestido de «seta» (seda) nacido en las fuentes iguotas del Nilo que entre salto y volatin se come unos madroños. Los mozalbetes no llegan ni a cosquillar a la fiera «maceritensis» con sus varas aguzadas para herir y excitarlo; ni dejan ni un «as». Unos *nanni* (enanos) abultan sus deformidades con saltitos ridículos y gestos obscenos. Los hombres rien, las mujeres enrojecen; la plebe disfruta y les echa algún as. Un juglar con sandalias doradas, coronado de rosas y hojas de acebuche, el dedo meñique, muy pincho, en el aire y la túnica hecha un estropajo, exagera, deforma y miente declamando en falsete la vida y milagros de Eneas, Ulises y Aquiles con la cara y la dura tranquilidad de que ni Virgilio ni Homero obtendrán de los dioses—hasta el pelo de reclamaciones— que descarguen sobre él la cólera celestial. El público admira las hazañas pero no suelta ni un céntimo.

Un sujeto oliváceo, de túnica ceñida a su cadra de alhelí y mirada de perfil, toca las palmas, hierático, y da golpecitos con un solo pie. Otro, terroso y alelado, con los ojos en blanco en dirección al Eliseo, pulsa su *cythara* en total desacorde. Un tercero, violáceo y pudoroso, que se observa con humildad sus *soleae* (sandalias) de capuchino reusable en su caramillo con la monocorde y triste queja de una cueca del Perú. Y con este entusiasmo, los tres animan a bailar a una *saltatrix* (danzarina). Madura, gorda, fofa, pellejuda y desmelenada, con el ojo de la puercoespín en celo, sobre el bocabajo de un envase de harenques patea lúgubrememente con su *calcei* de *suber* (corcho) sacudiendo en todos sentidos sus desbordes de colgajos, *micelines* y mondongos. Una expectación compuesta de *servi*, *aquarii* (aguadores), chachas y legionarios con permiso manifiestan su afición jaleándola y soltándoles unos cuantos *ases*. Desde un andamio cercano, unos *structores* (albañiles) braman. Y cerca de nosotros, un «baile» (magistrado), que se ha parado y observa el *ballare* (bailar), se vuelve, enarca las cejas, se dirige a su amigo el caballero Voconio y le dice con mucho énfasis: Si la censura no existe, habrá que inventarla. Se va, y mi amigo me manifiesta su desacuerdo: ¡Qué salero y qué ángel tienen estos *fellags men-cu* (campesinos sin un «as»).

Un chaval corre entre las gentes con su *trochus* (aro de metal) dirigiéndolo hábilmente con su *clavis* (llave guía); un lacero municipal corre tras un *canis* aterrorizado que sabe lo que le espera y por el cercano *actus* se oye atravesar gritando a un porquerizo en persecución de uno de estos cerdos de la región, negros hijos de Mercurio chi-

llando mucho más que estos benditos emeritenses, que también suenan lo suyo.

Porque, como el *homo lusitanicus* tiene tal torrente de voz que le habla en el *lectum* (lecho) a su mujer como Trajano arenga a las legiones en el Rin, para que te voy a contar el escándalo inmenso, mostruoso y ensordecedor que esta Mérida es cada mañana sólo con sus pregones: ¡Gambas frescas «acabaitas» de llegar en la carreta del *Fretum!* (El Estrecho «Gaditanum», ¡Fresas y fresones del Tagus! ¡Arroz de Dertosal! (Tortosa). ¡Turrón *tarraconensis!* ¡Palmitos de la Bética! ¡Mostachones de Hispalis! (Sevilla). Sidra de los *pomerii asturici!* ¡Arrope de Bracara Augusta! (Braga). ¡Sorbetes del Guadarrama! ¡Alfajores de Asidos (Medina Sidonia). ¡Piñas de los pinares *onubenses!* ¡De Abula, de Abula, las yemas de Venus Afrodita! ¡Pimentón de Valentia! (cierto polvillo rojo del que luego te contaré por su mucha utilidad aquí).

Y un estepero me mete por las narices gritos y espinas: —¡La mejor jara de Pax Julia, para su anafe!— Un camarrojero, mentiroso y chalán, que me agudiza sobre la nuca: —¡Para su estómago, señor; la milagrosa tisana de los prados de *Kaiserai!* Y un pobre *gauois* (galo) y me sigue, y me coge de la toga y me retiene, clamando *doucement!*— ¡Un *petito as pour l'amour de Bellona!* (diosa del belicismo).

Sólo baja el tono con ciertos indígenas de las mesetas hispánicas. Giran sobre sí mismos con frío en los pies y un murmullo sordo y sombrío: —De Segovia, las tengo de Balsain, de los pinos de Balsain, astillas de Balsain, de Balsain...! Y un onubense le replica: —¡Y yo, con con azufre de Tarsis; astillas con azufre de Tarsis! (Río Tinto). Desciende de la voz con un barcinonense (barcelonés) o bástulo (malagueño) que, con su pelo aceitado, se me acerca, misterioso, y me ofrece algo escondido en su mano: ¡Amuletos pornográficos directos de Pompeya! E incluso un celtibero pequeñito e impávido que entre sus bellos peludos y cerrados chupa un palito al pie de su borrico, tiene extendida en el suelo como oferta visual su silenciosa mercancía: botijos.

Dirás, querido Plinio, que mi calidad descriptiva es aun peor que la que yo mismo temía, y cualquier otro romano la puede tener mejor porque nuestros ojos y oídos están habituados a su percepción. Pero en lo que voy a fracasar del todo es en el intento de que los originales y sorprendentes olores callejeros emeritenses lleguen con suficiente penetración a tu pareja sensibilidad de nariz.

Los alimentos que por todo el Imperio se guisan en una cacerola o se someten al calor intenso de un horno son aquí menos usuales que los sumergidos en aceite hirviendo y los churrascados sobre el poderoso calor de unas brasas vegetales. Deduzco que obedece a la abun-

dancia de los olivos y encinares. Si el emblema glorioso de nuestro Imperio es la sigla «S. P. Q. R.», el de Hispania es una bellota y una aceituna (1).

En estas calles, en cada una, con anafes y en sartenes, se frien pimientos. Se frien coliflores, setas, etc.; y se refrien, con ajo y sin él, y con perejil, insignificante yerbajito de los escasos lugares húmedos hispánicos. Y se frien salsifis rebozados con una mezcla de harina y agua, a cuya pasta se le puede incluir camarones y salen tortillitas.

A los olores de estos vegetales fritos se suman los de freír «asedias» (lenguado pequeño para los *humillios*), y calamares y chocos y gambas con gabardina y «chanquetes», pececillos «sacaitos del fondo del mar» donde viven en manojitos de a V (5) unidos en una cola común. Y se frien sardinas, y caballas y el suntuoso atún fresco de los mares de la Lusitania.

El huevo duro con anchoas en salmuera de Carteia (Barbate de Franco) que adora nuestro Eperador, y la *cochlea* (cucharilla especial) que nosotros utilizamos para los huevos pasados por agua, aquí se transforman en unos picos de pan que se mojan en la yema de unos huevos lanzados a voleo en un calderón de aceite casi llameante que frie las claras en un decir Zeus y las deja curuscantes, barrocas y churriguerescas; en compañía de jamón frito, o de tocino frito, o de cualquier otra cosa, frita. Y se frien los menudillos de la gallina o la sesada de una ternera. Y las albóndigas al estilo de Trimalción (amigo de Petronio + 60) se frien aquí en cocretas emeritenses. Y de nuestras salchichas se frien en estas calles unas como el dedo gordo y color ala de *corvus*. Y también se frien buñuelos y pestiños a los que luego se cubren de miel de la Bilbilis (Calatayud) de nuestro llorado amigo Marcial. Y se frien unas tiritas de bacalao envueltas en una extraña pasta de harina, agua, aceite y levadura a lo que llaman aquí «legionarios de Pavia» capital de la Lombardia; no me preguntes por qué.

Y a los olores solos y combinados, de estos fritos se añaden y mezclan los olores de las densas humaredas de los asados, acaso más numerosos, acusados y fuertes. Los pimientos se asan también, y las cebollas. Cangrejos y langostas burbujan por los entresijos. El verdoso transparente de los ostiones cambia al ópalo. Y las tiernas «vieiras» devienen firmes al diente. Con estos olores se siente asarse el mar. Y se asan lisas y robalos de los «esteros» (salinas) de Gades. Y se asa el gallo y los faisanes selváticos de la «Gallaecia». Y hermosas perdices de

(1) La plebe local traduce nuestra gloriosa sigla: San Pedro Quiere Rosquetes. Deducción: Aquí hay «cristianos» (los «fans» de un tal Cristo).

esta dura tierra extremeña. Chorlitos. alcaravanes, agachonas y gallinetas de los pantanares tartesios (Doñana). Corderitos de ambas mesetas de la Tarraconensis e ingenuas terneras de la montaña «cantabra» Naturalmente. olorosos cochinitos enteros y gruesos tajos de sus enormes progenitores engordados con las nutritivas bellotas de estos encinares. Y en la punta de la lanza de tantos olores, los humos oliendo azulado de sardinas, arenques, caballas, etc., etc. del *Mare Tenebrosum*.

En fin... Inicio el fin de este paseo parándome a referirte la originalidad de algo que se asa, su olor excitante, y los modos de hacerlo y comerlo. Por si no fuera bastante el olorazo de chamuscar en estas calles la carne de todo pelo y pluma, con las magras y el tocino de estos escandalosos cerdos lusitanos hacen una rarísima salchicha. La llaman «choricae» o algo así. Las hay de varios tipos, dosis y pimentación, pero todas son de ese atrayente color rojo que les da el polvo vegetal llamado «pimentón» cuyo pregón te reproduje *ut supra* (más arriba). El tipo que más me llama la atención es el apellidado *cereus* (cirio, vela). El rojo contenido de esta «choricae cereus» va en un intestino no más grueso que ese dedo nuestro cuyo nervio nos viene directo del corazón. (Así lo creían los romanos; por eso se decretó que el *anularis* de boda se llevan en él). La tal tripita es kilométrica, e ignoro el animal monstruoso que la pueda albergar. Una vez rellena, la enrolla a una especie de carrete. Sobre un grueso eje, lo ponen junto a un fuego de brasas de encina. Del otro lado, sobre otro eje, hay un simple carretillo para filmar dotado de una manivela. Un extremo del «choricae» lo pasan a dos dedos sobre las brasas hasta engancharlo en el carrete chico. Gira la manivela lentamente el *servus choricarum* lo embutido se asa, la tripita chorrea grasa sobre el fuego, surge un humo atroz, le acompaña un olor delicioso y comienza a colgar del otro carretillo. Otro «esclavo del chorizo» corta trozos de un palmo, los mete en panecillos que ya tiene abiertos, la cosa cuesta un «as», la gente los arrebatada, y todavía el dueño grita hasta despulmarse. ¡Bocadillos, bocadillos de «Priapo en Afrodita»! ¡Para los jóvenes, para los ancianos, para no salir del *lectulus genialis* (lecho conyugal). Ni que añadir tengo, que si te paras conoces a todos los viejos de la localidad.

Ha pasado todo la mañana; acaba la hora VIII (8*) (entre 12.30 en Inv. y 13,15 en Ver.). A los V minutos de la IX (nona), el gran mercado ha desaparecido, salvo, claro es, los desechos y basuras de una sociedad que consume lo que hay. Cinco minutos más tarde, los *ostiarum* (porteros) de templos, edificios públicos, *domus* e *insulae* han cumplido el edicto imperial barriendo las escalinatas, *margines* y espacios

ante sus *fauces* hasta los bordillos o el centro de la «semita». Llega una nube de *zitarii* (barrenderos) municipales. En sus carros se llevan lo más que pueden. Unas compuertillas, al pie de cada fuente, son abiertas, y sus aguas, canalizadas, inundan y arrastran el resto hacia las cloacas. Mérida queda limpia y en calma.

El trabajo termina, las tiendas cierran. Solo las *tonstrinas* (barberías) están una hora más, y las tiendas de modas, los anticuarios y los *thermopolia* (cabaretes) hasta que el giro de Febo (el Sol) sobre nuestra Tierra inmóvil nos sumerge una vez más en el oscuro y tenebroso beber las aguas del Leteo (dormir era morir un poco).

La gente sale ahora a pasear—y sobre todo, a las termas, a bañarse, a jugar al frontón, a leer en su biblioteca. a ver en sus salas la actual exposición de algún artista—al vaivén por la plaza del Foro, a sentarse bajo sus soportales, a comprar cosas de lujo, hacia el circo o anfiteatro—si es día de *ludus* (fiestas)—o al teatro, donde, por cierto, hoy que te escribo, el actor principal del drama «Laureolus» es sustituido por un ladrón que al final será clavado en un madero y desgarrado por uno oso *pyrenaicus*.

Acompaño al caballero Voconio hasta su «domus». Al cruzar sus «vicus» pasamos ante la puerta de un *thermopolium*. Desde la penumbra de su entrada emerge una sonrisa femenina, joven y gentil. Su peinado no es una de esas torres monumentales que yo he criticado en Roma. sino discreto, con un moñete como una castaña en la nuca, sujeto por una *viola* (cinta) púrpura. Blanco de yeso la frente y los brazos desnudos con pulseras y *periscelides* (ajoi cas de oro). Rojo con *fucus* (ocre) sobre las mejillas, y con lía de vino en los labios. Alrededor de los ojos, el gris de la *fuligo* (ceniza) y en cejas y pestañas el negro antimonio. Largos *pectorales*. Un hermoso *monile* (collar) que se extiende sobre el amplio rosa de su escote. Y la leve *túnica talaris* de lino hasta los talones. Y en sus manos, a la altura de unos pechitos de medio limón sin la rigidez del *mamillare* (sostén), esta *rosaria* o *violaria* (florisca) del caburet nos ofrece un ramito.

De regreso hacia mi buhardilla, pienso que este ramito de rosas y violetas no es para mí. Pienso que es el gentil homenaje que la joven Mérida ofrece a su madre, a esa «Urbs», a esa Roma que siempre reinará sobre el orbe. Y al pasar, lo deposité al pie de una columna del templo de Júpiter.

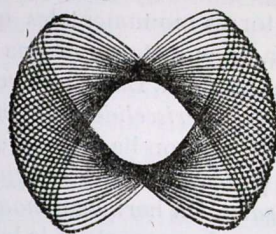
Zeus te guarde, y te guíe Minerva (diosa de la Sabiduría).

Décimo Junio JUVENAL

P/S: Con la carreta de buyes que lleva con urgencia los paquetes para los Saturnales (17 24 de Dic.) a los chicos de aquí que hacen la «mili» en el Campo de Marte y las oficinas del Palatino, adjunta a esta carta y en una caja de *calcei* te envío V kilos de «choricae» del mejor. Si consigues que lo pruebe el Emperador, estoy seguro de que me perdonará. Pero —¡por Plutón!— que no los vea su mujer. Ya sabes cómo es la Emperatriz de beatona y farsante, Se velará el rostro, muy pudibunda, y por las rendijas sería yo el acusado de incidente. Vale.

«Traductore=traditore»:

AREVALO



La grandeza de la Colonia Augusta Emérita, cuyo Bimilenario celebramos este año, aparece reflejada en este impresionante aspecto de la columnata del Teatro Romano